Chapter 23 / Capítulo 23

Latin American Memories, Conflicts, and Futurities: Identity, justice, and social change (Spanish Version)
ISBN: 978-9915-704-15-9
DOI: 10.62486/978-9915-704-15-9.Ch23
Pages: 225-234

©2026 The authors. This is an open access chapter distributed under the terms of the Creative Commons Attribution (CC BY) 4.0 License.

Against nobody's science: feminist precisions for other possible knowledge

Contra la ciencia de nadie: precisiones feministas para otros conocimientos posibles

Nohemí Raquel González García[1]

[1]Universidad Autónoma Metropolitana. Cuajimalpa, México.

Autor para la correspondencia: Nohemí Raquel González García

ABSTRACT

At the heart of contemporary epistemic disputes lies a problem—driven by feminist and anti-racist critiques—that still burns us: what do we call legitimate knowledge? We call science of no one both the tradition that proclaims a neutral objectivity, stripped of body, history, and affection, and those positions that dilute epistemic responsibility under the slogan of "anything goes." This science of no one evades the question of the situated subject: one disguises itself as universal, the other renounces any possibility of criteria. Both require us to review the assumptions on which the authority of knowledge has been built and to rethink how and from where we investigate. We maintain that, when we embrace the feminist epistemological turn in all its radicality, doing science from the case is not only possible but necessary. This turn, both conceptual and methodological, calls us to investigate from previously unimaginable spaces that redefine the subject, objectivity, and science as practices committed to responsibility and localization. From a perspective that ranges from Sandra Harding to Lorena Cabnal and Dahlia de la Cerda, we argue that experience, the body, and territory shape the method of what epistemologists call successor science, for solid and situated knowledge. Thus, we maintain that methodologies that start from the singular—such as life history, testimonial chronicles, and feminist archives—are emerging as the most politically urgent and epistemologically honest research methods, capable of confronting the fiction of nobody's science.

Keywords: Feminist Epistemologies; Situated Objectivity; Epistemic Justice; Nobody's Science.

RESUMEN

En el corazón de las disputas epistémicas contemporáneas, hay un problema — impulsado por las críticas feministas y antirracistas— que aún nos quema: ¿a qué llamamos conocimiento legítimo? Llamamos ciencia de nadie tanto a la tradición que proclama una objetividad neutra, despojada de cuerpo, historia y afecto, como a aquellas posturas que diluyen la responsabilidad epistémica bajo la consigna de "todo vale". Esta ciencia de nadie esquiva la pregunta por el sujeto situado: una se disfraza de universal, la otra renuncia a toda posibilidad de criterio. Ambas nos exigen revisar los supuestos sobre los que se ha construido la autoridad del conocimiento y repensar cómo y desde dónde investigamos. Sostenemos que, cuando asumimos el giro epistemológico feminista en toda su radicalidad, hacer ciencia desde el caso no solo es posible, sino necesario. Este giro, tanto conceptual como metodológico, nos llama a investigar desde espacios antes inimaginables, que redefinen al sujeto, la objetividad y la ciencia como prácticas

comprometidas con la responsabilidad y la localización. Desde un horizonte que va de Sandra Harding a Lorena Cabnal y Dahlia de la Cerda, argumentamos que la experiencia, el cuerpo y el territorio configuran el método de lo que las epistemólogas llaman ciencia sucesora, para un conocimiento sólido y situado. Así, sostenemos que metodologías que parten de lo singular —como la historia de vida, la crónica testimonial y el archivo feminista— están configurándose como los métodos de investigación políticamente más urgentes y epistemológicamente más honestos, capaces de confrontar la ficción de la ciencia de nadie.

Palabras clave: Epistemologías Feministas; Objetividad Situada; Justicia Epistémica; Ciencia De Nadie.

INTRODUCCIÓN

¿Quién puede nombrar la realidad y con qué criterios definimos lo verdadero? Durante siglos, la ciencia se ha proclamado como un saber neutro y universal, verdadero por su objetividad, pretendiendo hablar desde ninguna parte. En el extremo contrario, también han proliferado posiciones que disuelven toda posibilidad de discernimiento. Ambos caminos —el objetivismo abstracto y el relativismo sin criterio— coinciden en lo mismo: borrar la responsabilidad epistémica y esquivar la pregunta por el lugar desde el cual se conoce. Las epistemologías feministas han respondido a este dilema con una crítica radical y con alternativas sólidas. Su punto de partida es claro. Todo conocimiento está situado, encarnado y en relación, y justamente por ello puede ser más riguroso y más honesto. Este giro inaugura un horizonte metodológico y político: investigar desde experiencias concretas, desde cuerpos atravesados por la historia y desde comunidades que sostienen la vida.

En esta ponencia propongo recorrer tres momentos. Primero, reviso las aportaciones de Sandra Harding y Donna Haraway, cuyas nociones de ciencia sucesora y conocimientos situados permiten repensar la objetividad como responsabilidad compartida. En segundo lugar, analizo las contribuciones de Gloria Anzaldúa, Lorena Cabnal y Gladys Tzul Tzul. Finalmente, me detengo en lo que llamo interferencias metodológicas, mostrando cómo la historia de vida se configura como herramienta capaz de confrontar la ficción de la ciencia de nadie y abrir paso a otros conocimientos posibles.

DESARROLLO

El giro feminista de la epistemología: experiencias encarnadas para otra ciencia posible

Frente a la ilusión de una ciencia neutra, universal y sin lugar, las filósofas feministas Sandra Harding y Donna Haraway propusieron replantear qué significa conocer y qué sujetos pueden producir conocimiento. Ambas coinciden en que la objetividad no se fortalece al ocultar la parcialidad. Muy por el contrario, se fortalece haciéndose responsable de dicha parcialidad.

Sandra Harding: ciencia sucesora y objetividad fuerte

¿En Ciencia y feminismo (1986) y Whose Science? Whose Knowledge? (1991), Harding sostiene que el modelo de objetividad dominante ha sido una ficción históricamente situada en cuerpos privilegiados: varón, blanco, europeo, heterosexual, burgués. Lejos de ser neutral, este sujeto fue construido en condiciones coloniales y patriarcales que excluyeron a la mayoría de los cuerpos de la producción de saber.

Ante la pregunta de si renunciar a la objetividad clásica nos deja atrapadas en el relativismo, Harding responde con un rotundo no. Lo que propone es una ciencia sucesora, capaz de

sostener una objetividad más sólida, fundada en la explicitación de los puntos de vista y en la responsabilidad política de toda investigación. Su tesis consiste en que los saberes que emergen desde experiencias oprimidas pueden ofrecer miradas más densas sobre las relaciones de poder. Pero no por un privilegio moral del sufrimiento, sino por la posición estructural desde la que observan. Como señala Harding (1996): "Los proyectos de ciencia sucesora feminista cuestionan las actitudes autoritarias y resaltan la experiencia personal como fuente de conocimiento; el feminismo apoya la confianza en sí mismo del miembro individual de los grupos subyugados, no considerados hasta ahora individuos sociales, y la emancipación política es fundamental para sus fines de investigación" (p. 207). Encontramos un vínculo directo entre conocimiento y emancipación porque investigar no es describir el mundo. El sujeto que conoce está atravesado por el mundo, situado en relaciones de poder, y es capaz de construir saber justamente desde esa implicación. La ciencia sucesora es, entonces, una ciencia más responsable, más autoconsciente y corporal: una ciencia que sabe desde dónde habla, con quién habla y para qué habla. De manera que la ciencia feminista busca transformar las condiciones mismas de producción del conocimiento, vinculándolas directamente con la una crítica al poder.

Donna Haraway: conocimientos situados y responsabilidad encarnada

De manera convergente, Haraway en Conocimientos situados (1988) critica la "visión desde ninguna parte" como ficción del objetivismo científico. Toda mirada, sostiene, está encarnada, parcial y relacional. Por ello, la objetividad que necesitamos es situada y no trascendente: "solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva. Se trata de una visión objetiva que pone en marcha, en vez de cerrar, el problema de la responsabilidad para la generatividad de todas las prácticas visuales" (Haraway, 1995, p. 326). Redefiniendo la objetividad desde su base, ya no podemos sostenerla como un salto del cuerpo hacia lo neutro y universal. El hecho de que toda mirada esté situada significa que la objetividad debe pensarse de otro modo. La multiplicidad de puntos de vista no disuelve la posibilidad del conocimiento. Por el contrario, la activa y la vuelve densa.

En ese sentido, lo que tradicionalmente se consideraba una amenaza a la objetividad —el cuerpo, la historia, los afectos— es en realidad su condición de posibilidad. Conocer exige inscripción, una mirada que se reconoce vulnerable, implicada y responsable de lo que produce. Por ello, el objeto del conocimiento deja de ser materia pasiva y se entiende como agente, capaz de afectar y ser afectado (Haraway, 1995). Aquí, el mundo no es ya un recurso disponible para ser colonizado por la razón, es un entramado vivo de relaciones que interpelan a quien investiga.

Los conocimientos situados remiten a una posición construida en la relación. No hay saber sin cuerpo, ni cuerpo sin historia. Toda forma de conocer se vincula con la manera en que el cuerpo ha sido tocado y ha respondido a ese toque, sin encerrarse en él, sino asumiendo sus límites. Como advierte Haraway (1995): "Los conocimientos situados requieren que el objeto del conocimiento sea presentado como un actor y como un agente [...] Las versiones de un mundo 'real' no dependen, por tanto, de una lógica de 'descubrimiento', sino de una relación social de 'conversación' cargada de poder" (pp. 341–342).

Esta forma de conocimiento se enreda con aquello que estudia. Conocer, en este marco, no es iluminar lo desconocido, sino abrirse a una rendición de cuentas epistémica y a una mirada sin privilegio de inocencia. La pregunta ya no recae sobre qué objetos vemos, sino sobre cómo miramos, desde dónde, con quién tejemos esa mirada y qué relaciones moviliza el conocimiento. Conocer siempre ha sido y será una práctica corporal, lo que implica una noción

de mundo radicalmente abierta y porosa, "la localización trata de vulnerabilidad" (Haraway, 1995, p. 337).

Claves compartidas

Desde énfasis distintos, Harding y Haraway convergen en cinco claves:

1. La ubicación importa: todo saber parte de un cuerpo, una historia y una posición social (Harding, 1991; Haraway, 1988).
2. La experiencia debe elaborarse críticamente: no basta enunciar vivencias, es necesario interpretarlas en sus relaciones de poder.
3. La objetividad es responsabilidad: investigar exige rendir cuentas sobre cómo, desde dónde y para qué se produce conocimiento (Harding, 1996).
4. Conocer no es colonizar ni clasificar: frente a la lógica extractivista, el conocimiento se asume como relación y conversación situada (Haraway, 1995).
5. El sujeto que conoce es concreto y vulnerable: se investiga desde un cuerpo afectado y afectante, cuya vulnerabilidad es condición de honestidad.

Con estos planteamientos, las epistemologías feministas critican la ficción de la neutralidad y trazan un horizonte distinto: una ciencia que reconoce la parcialidad como condición de rigor, que convierte la experiencia en fuente epistémica y que desplaza la ilusión de universalidad hacia una práctica situada, encarnada y responsable.

Crítica feminista y anticolonial: cuerpos, memoria y territorio como fuentes epistémicas

Si el giro feminista en la epistemología (Harding y Haraway) nos permitió desmontar la ilusión de una ciencia neutral, las críticas feministas y anticoloniales radicalizan este cuestionamiento desde otras geografías, corporalidades y memorias. En este apartado leemos las contribuciones de Gloria Anzaldúa, Lorena Cabnal y Gladys Tzul Tzul a partir de tres ejes que consideramos centrales:

1. Una crítica feminista y anticolonial contundente al sujeto moderno del conocimiento.
2. La centralidad de la experiencia colectiva, entendida no como consenso armónico, sino como espacio de disenso, tensiones y porosidades.
3. La apuesta política por la justicia epistémica, donde lo común aparece como campo de disputa y reorganización.

Eje 1. Crítica feminista y anticolonial al sujeto moderno del conocimiento

Retomamos la ficción del sujeto de la ciencia moderna que se erige a partir de exclusiones coloniales, patriarcales y raciales. Sus propuestas permiten profundizar la crítica y, sobre todo, abrir nuevas claves epistémicas.

Gloria Anzaldúa formula su crítica al mostrar que el yo racional y universal es insostenible. En Borderlands/La Frontera (1987) conceptualiza la frontera como una herida abierta, un lugar en el que el sujeto nunca es homogéneo, sino que se constituye en contradicción permanente. En esa línea, el mestizaje tiene que ver con el atravesamiento de múltiples lenguas y culturas:

"Porque yo, una mestiza, salgo continuamente de una cultura para entrar en otra, como estoy en todas las culturas a la vez, alma entre dos mundos, tres, cuatro, me zumba la cabeza con lo contradictorio. Estoy norteada por todas las voces que me hablan simultáneamente" (Anzaldúa, 2016, p. 134).

El sujeto moderno que pretendía ser universal queda así descentrado, pues éste se produce en

el conflicto, no en la certeza. La crítica de Anzaldúa revela que todo conocimiento proveniente de un sujeto se configura en tensión con la diferencia y la herida.

Lorena Cabnal radicaliza esta crítica al desmontar las dicotomías sobre las que se sostiene la ciencia moderna —naturaleza/cultura, sujeto/objeto, cuerpo/mente—. Desde su noción de cuerpo-territorio-tierra, plantea que conocer no puede separarse de la historia de violencias coloniales y patriarcales que han marcado los cuerpos de las mujeres indígenas. "Recuperar el cuerpo para defenderlo del embate histórico estructural que atenta contra él se vuelve una lucha cotidiana e indispensable" (Cabnal, 2010, p. 22). Su propuesta desbarata la idea de un sujeto abstracto del conocimiento, ya que no existe mirada neutra, porque todo saber se produce en y desde un cuerpo-territorio.

Gladys Tzul Tzul, por su parte, evidencia cómo el sujeto epistémico moderno se consolidó mediante la exclusión de las mujeres indígenas de los espacios de deliberación, incluso cuando eran ellas quienes sostenían lo común. Desde la historia de su abuela Jovita y de las fincas cafetaleras en Guatemala, muestra que la colinealidad del poder no solo explota cuerpos y territorios, también configura jerarquías epistémicas: "En sociedades que tienen que organizarse en un contexto donde el racismo funciona como una máquina económico-política, [la reproducción] tiene una acentuada fuerza dominante en la vida y el cuerpo de las mujeres indígenas" (Tzul Tzul, 2015, p. 92).

Hay un sujeto universal de la ciencia que se erige borrando el saber de las mujeres indígenas, relegadas a trabajos de cuidado y reproducción comunal que aún prácticas epistémicas fundamentales, son invisibilizadas, desvalorizadas e impuestas.

Advertimos que una denuncia tanto la parcialidad del sujeto moderno como su pretendida universalidad que ha operado como mecanismo de despojo y silenciamiento. Frente a la "ciencia de nadie", el conocimiento sólo puede pensarse desde cuerpos concretos, lo que desestabiliza la noción clásica de sujeto.

Eje 2. Centralidad de la experiencia colectiva

Una segunda clave epistémica que comparten Anzaldúa, Cabnal y Tzul es la centralidad de la experiencia colectiva. Frente a la tradición moderna que concibe el conocimiento como resultado de un sujeto aislado que observa desde fuera, estas autoras muestran que el saber se gesta en lo común, en las tensiones, los disensos y las memorias compartidas.

Gloria Anzaldúa desplaza el foco de la subjetividad individual a una conciencia atravesada por múltiples voces. La frontera es una condición colectiva donde se entrecruzan lenguas, cuerpos e historias. La "nepantla" —el estar en medio— es una práctica epistémica que reconoce la simultaneidad de voces y contradicciones: "Estoy norteada por todas las voces que me hablan simultáneamente" (Anzaldúa, 2016, p. 134). La experiencia colectiva aquí no es armónica, sino polifónica. El saber surge precisamente en el roce entre diferencias, en la convivencia conflictiva de voces que no se funden en una sola. Para Anzaldúa, la frontera es un laboratorio epistémico donde el conocimiento emerge de la mezcla, la contradicción y el disenso.

Desde su lado, Lorena Cabnal sitúa la experiencia colectiva en el centro de su propuesta de cuerpo-territorio-tierra. El cuerpo no se entiende como entidad aislada, sino como un espacio atravesado y sostenido por memorias históricas y comunitarias. Por ejemplo, en contextos de violencia obstétrica, las parteras ilustran cómo el conocimiento se produce en redes

comunitarias y se transmite de generación en generación. Cuando la medicina institucional desplaza estos saberes niega la voz colectiva que sostiene prácticas vitales de cuidado y salud (Benítez, Ramírez-Miranda & Cervantes, 2022). Desde esta perspectiva, los cuerpos encarnan el conocimiento de un pueblo y su defensa no puede desligarse de la colectividad.

Gladys Tzul Tzul enfatiza que la reproducción comunitaria de la vida es en sí misma un campo epistémico. Actividades como cocinar, buscar agua, sembrar o cuidar son prácticas políticas y cognitivas que hacen posible la vida comunal. En sus palabras: "Las mujeres habitaban la tierra y hacían uso de todo lo que había en ella, aunque no podían participar en la producción de la decisión colectiva para la regulación y la gestión del uso común" (Tzul Tzul, 2015, p. 93).

Este despojo epistémico revela que, aunque las mujeres sostienen lo común en su trabajo y en su memoria, sus saberes han sido relegados al plano de lo feminizado. Sin embargo, es en esas prácticas cotidianas donde se produce conocimiento situado, saberes sobre el territorio, la salud, el agua y la vida colectiva que emergen de la interdependencia.

En conjunto, el conocimiento no es propiedad de un sujeto individual, es un proceso conflictivo y relacional. La objetividad se fortalece precisamente en esa polifonía de experiencias. La centralidad de lo colectivo es una clave epistemológica que abre el camino para pensar una ciencia más robusta y comprometida con la vida.

Eje 3. Apuesta política por la justicia epistémica

El tercer eje atraviesa sus aportes en la apuesta por una justicia epistémica centrada en reorganizar lo común a partir de las voces, cuerpos y memorias que han sido sistemáticamente silenciados. La justicia, en esta clave, es una condición interna de posibilidad para un conocimiento situado.

Con Anzaldúa podemos entender la justicia epistémica como el reconocimiento del valor cognitivo de las experiencias fronterizas. Recordemos que la conciencia mestiza devuelve agencia a quienes han sido relegadas al margen, mostrando que la diferencia no es un déficit, sino una fuente de saber (Anzaldúa, 2016). Desde la herida abierta de la frontera, plantea que la polifonía y la ambigüedad son condiciones para un conocimiento más complejo y responsable. En este sentido, la justicia epistémica consiste en reconocer a esas voces múltiples que hablan desde lo no resuelto como legítimas y dignas.

Cabnal articula la justicia epistémica con la defensa de la vida. Recuperar el cuerpoterritorio es una afirmación política de que los saberes anclados en el cuerpo y la tierra son legítimos y deben ser defendidos. Cabnal (2010) enfatiza que el conocimiento es inseparable de la lucha contra la expropiación: "asumo la recuperación de mi cuerpo expropiado, para generarle vida, alegría, vitalidad, placeres y construcción de saberes liberadores para la toma de decisiones, y esta potencia la junto con la defensa de mi territorio tierra" (p. 23). Esta justicia epistémica es inseparable de la justicia territorial, pues se trata de la palabra y la agencia a los cuerpos y comunidades históricamente violentados.

Con Tzul vinculamos la justicia epistémica con la reorganización de lo común desde abajo. Cuando relata la acción de mujeres que derribaron postes eléctricos para frenar a una minera, muestra que ese acto es, sí, una estrategia política, y también epistémica, un conocimiento situado que lee las condiciones legales, históricas y territoriales para defender la vida (Tzul, 2015). Esta justicia se juega en la capacidad de las comunidades para nombrar y decidir por sí

mismas. En sus palabras, poner "la vida en el centro del análisis político" (Tzul, 2015, p. 98) es un principio epistémico que reconfigura los criterios de legitimidad.

En conjunto, advertimos que la justicia epistémica no es un añadido posterior a un determinado saber, es parte de la condición de un conocimiento situado y responsable. Esto abre la posibilidad de una ciencia políticamente comprometida. 3. Interferencias metodológicas: historia de vida, crónica y archivo feminista

El giro feminista y anticolonial en la epistemología nos permitió descentrar al sujeto moderno del conocimiento. Ahora, también es necesario preguntarnos cómo investigamos y con qué métodos producimos saber.

Las metodologías hegemónicas han privilegiado la distancia, la cuantificación y la abstracción, bajo la promesa de alcanzar objetividad. Frente a ellas, las epistemologías feministas proponen lo que aquí llamamos interferencias metodológicas: prácticas de investigación que irrumpen en la lógica clásica para situar la experiencia, el cuerpo y la memoria como campos epistémicos legítimos. En este sentido, la historia de vida constituye un modo de conocer que encarnan la objetividad fuerte y los conocimientos situados. En lugar de ampliar la muestra para diluir lo vivido, profundizar en lo singular para revelar la densidad epistémica y política de la experiencia.

El método de historia de vida abre un espacio para que la experiencia singular se reconozca como fuente de saber. Al narrar su trayectoria, cada persona ofrece claves para comprender estructuras sociales más amplias. En este sentido, conocer desde la historia de vida no significa esencializar la experiencia, sino situarla en relación con procesos históricos y colectivos.

Daniela Rea, en Fruto (2022), lo formula desde la maternidad: "¿Cuál es mi deseo al querer contar sus historias? ¿Por qué quiero contar sus historias? [...] aspiro a que no se sientan solas [...] mi dependencia recíproca con ellas" (p. 372). Reconoce que investigar desde la historia de vida implica reciprocidad y vulnerabilidad. Conocer se vuelve un acto relacional que transforma tanto a quien narra como a quien escucha. Su experiencia revela, además, que este método exige una ética de cuidado: escuchar con respeto, no apropiarse de las historias, reconocer la dignidad de cada voz.

Este método funciona como una forma de resistencia epistémica. Al recuperar voces y experiencias silenciadas, disputa el canon de lo que se considera conocimiento legítimo. Dahlia de la Cerda (2024), en Medea me cantó un corrido, entrelaza historias de mujeres jóvenes atravesadas por violencia, aborto, pobreza o desaparición. Su escritura está implicada: "No me interesa mimetizarme con lo hegemónico, sino visibilizar la belleza del habla cotidiana [...] que alguien del barrio use el lenguaje del barrio para narrarse a sí misma, eso sí les arde" (citada en Wiener, 2025, párr. 9). La potencia metodológica radica en reconocer el barrio, la precariedad y la juventud como lugares legítimos de enunciación y conocimiento. En sus relatos, lo personal se convierte en clave para comprender estructuras de violencia más amplias, se configura, así como una interferencia metodológica que desplaza la ficción de una escritura académica neutral.

En la música también advertimos esta interferencia metodológica. En su álbum Cosas que sorprenden a la audiencia, Vivir Quintana (2025) resignifica el corrido para narrar las historias de mujeres encarceladas por defenderse de sus agresores. Canta la experiencia corporal del encierro, narrar desde el cuerpo penalizado y desde la periferia.

Esto nos permite concluir que el método es ya una forma de producir mundo. La historia de vida muestra que la objetividad con la que nos interesa y urge conocer se logra haciéndose responsable de la experiencia. Conocer desde la interferencia significa rechazar la ciencia de nadie y apostar por los métodos que necesita la ciencia sucesora.

CONCLUSIONES

Cuestionamos la ilusión de la ciencia de nadie. Frente a sus dos extremos, las epistemologías feministas y anticoloniales abren una alternativa más rigurosa y honesta: una ciencia situada, encarnada y responsable. De Sandra Harding y Donna Haraway partimos de una la objetividad que se logra reconociendo la parcialidad como condición de rigor. La ciencia sucesora y los conocimientos situados nos recuerdan que todo saber tiene cuerpo, historia y lugar, y que conocer implica siempre rendición de cuentas.

En la lectura de Anzaldúa, Cabnal y Tzul identificamos tres claves epistémicas. Primero, la crítica feminista y anticolonial al sujeto moderno, que muestra cómo su pretendida universalidad se construyó a partir de exclusiones coloniales y patriarcales. Segundo, la centralidad de la experiencia colectiva, que nos enseña que el conocimiento no es propiedad de un sujeto aislado, sino un proceso relacional, conflictivo y polifónico. Tercero, la apuesta por la justicia epistémica, que reivindica los cuerpos, territorios y memorias como fuentes legítimas de saber, y reorganiza lo común desde abajo.

Al grito del emperador está desnudo, las epistemólogas feministas y antirracistas señalaron con fuerza que todo conocimiento está vinculado a determinados proyectos políticos, que la forma en la nombramos la realidad construye andamios y configura mundos. ¿Qué ciencia podemos? ¿Qué epistemología somos capaces de desplegar? El centro de este nuestro reto como investigadoras, filósofas, científicas, literatas, músicas, artistas radica en atrevernos a elaborar y defender métodos políticamente más urgentes y epistemológicamente más honestos, capaces de confrontar la ficción de la ciencia de nadie.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands / La Frontera: La nueva mestiza*. Capitán Swing.

Benítez, K., Ramírez-Miranda, C., & Cervantes, C. (2022). Partería tradicional. Violencia sistémica y feminismo comunitario. *Textual, 79*, 49–78.

Cabnal, L. (2010). *Acercamiento a la construcción del pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala*. Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario Territorial.

De la Cerda, D. (2024). *Medea me cantó un corrido*. Sexto Piso.

Harding, S. (1986). *The science question in feminism*. Cornell University Press.

Harding, S. (1991). *Whose science? Whose knowledge?: Thinking from women's lives*. Cornell University Press.

Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Morata.

Haraway, D. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of

partial perspective. *Feminist Studies, 14*(3), 575–599.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinvención de la naturaleza*. Cátedra.

Quintana, V. (2025). *Cosas que sorprenden a la audiencia* [Álbum].

Rea, D. (2022). *Fruto*. Antílope.

Tzul Tzul, G. (2015). Mujeres indígenas: Historias de la reproducción de la vida en Guatemala. Una reflexión a partir de la visita de Silvia Federici. *Bajo el Volcán, 15*(23), 91–99.

Wiener, G. (2025, 5 de julio). Dahlia de la Cerda: "Ser antisistema es ser lo que nunca se esperó que fuéramos. Y estar donde se supone que no deberíamos estar". *El País*.

FINANCIACIÓN

Ninguna.

CONFLICTO DE INTERESES

Los autores declaran que no existe conflicto de intereses.

CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Conceptualización: Nohemí Raquel González García.
Redacción – borrador original: Nohemí Raquel González García.
Redacción – revisión y edición: Nohemí Raquel González García.